

## El espacio y sus alrededores en la región \*

Milton Hernán Bentancor \*\*

### Resumen

Pensar en el concepto de región es abrir una discusión que, además de interesante, generalmente recorrerá caminos que nos llevan por la geografía, la cultura, los paisajes, las costumbres, los espacios y las ideas. Entendiendo que las relaciones interpersonales, la comunicación, el mundo, la realidad ha cambiado sustancialmente en los últimos años, se nos hace evidente que se debe volver a pensar en lo que es una región cultural a esta altura del siglo XXI, cuando el grupo de personas que consigue influir en nuestras decisiones (en este contexto, culturales) puede estar en cualquier rincón del mundo porque con un suave toque en el *Smartphone* que tenemos en la palma de la mano entramos en contacto directo con ellos y/o con sus ideas. Este artículo discute esta nueva realidad y cómo ha modificado la idea de región.

### Palabras clave

Región; región cultural; región humana; siglo XXI.

### Resumo

Pensar no conceito de região é abrir uma discussão que, além de interessante, geralmente percorrerá caminhos que nos levam pela geografia, a cultura, as paisagens, os costumes, os espaços e as ideias. Entendendo que as relações interpessoais, a comunicação, o mundo, a realidade, têm mudado substancialmente nos últimos anos, para nós se faz evidente que se deve voltar a pensar no que é uma região cultural a esta altura do século XXI, quando o grupo de pessoas que conseguem influenciar nas nossas decisões (nesse contexto, culturais) podem estar em qualquer canto do mundo porque com um suave toque no *smartphone* que temos na palma da mão entramos em contato direto com elas e/ou com as suas ideias. Este artigo discute essa nova realidade e como tem modificado a ideia de região.

### Palavras-chave

Região; região cultural; região humana; século XXI.

---

\* Artigo recebido em 20/05/2016 e aprovado em 17/08/2016.

El autor agradece a los doctores João Claudio Arendt, André Tessaro Pelinser y Márcio Miranda Alves y a la doctoranda Aline Brustulin Cechin por las lecturas del artículo y los aportes realizados al mismo. (Las buenas ideas tienen sus marcas; los errores, son responsabilidad personal).

\*\* Profesor de la Universidad de Caxias do Sul en el Programa de Postgrado en Letras, Cultura y Regionalidade y en el Programa de Doctorado en Letras.

## **Ideas iniciales y preguntas básicas**

No puedo decir que el espacio no existe; pero sí puedo afirmar que para la definición de región cultural, no es el elemento más importante.

¿Cuántos kilómetros cuadrados necesito ocupar para estructurar una región cultural? ¿Un par de metros son suficientes? ¿La palma de mi mano con un celular conectado a Internet es un territorio válido?

Tampoco puedo aseverar que cualquier grupo humano, con cualquier tipo de contacto interno o externo, se entienda como una región cultural; pero me animo a definir que cada persona organiza, en su red de relaciones – algunas más grandes, otras más pequeñas –, una suerte de conjunto de influencias que lo unirá a ciertos grupos y lo separará de otros, lo que tomaré – en el contexto de este artículo – como la simiente para la construcción de una región.

¿Cuántas personas necesito para estructurar una región? ¿Algunos miles o algunas decenas? ¿Necesito compartir toda una historia con cada uno de ellas? ¿Cuántos años compartidos son suficientes (o necesarios) para poder hablar de una región?

Es claro que no todos los miembros de una cadena de mensajes en mi correo electrónico son parte de mi red de relaciones; pero aquellos contactos (virtuales y/o reales) que influyen en mis decisiones culturales son parte de esa estructura que llamamos región humana (aquellos que no influyen no entran en estas consideraciones), simiente de una – posible – región cultural. Estructura que, simultáneamente, creo, organizo y me incluye.

¿Quién tiene el poder simbólico para definir qué es y qué no es una región cultural? ¿Por qué motivo se acepta que Porto Alegre es una región y Río de Janeiro “nunca” lo será? Si la región cultural es simbólica y basada en relaciones, ¿con mis colegas de trabajo en la universidad podemos conformar una?

Con estas ideas y estas preguntas (sin respuestas) como base propongo pensar algunas cuestiones importantes para el estudio del concepto de región cultural y sus implicaciones en el mundo actual, en el que es fácil notar que los seres humanos nos encontramos interconectados, incluso contra nuestra propia voluntad. Somos, aunque no lo queramos, o no lo busquemos conscientemente, ciudadanos del mundo; pero como nos recuerda Renato Ortiz (1996), no ya en el sentido tradicional (hoy antiguo) de poder viajar y conocer diferentes paisajes, sino porque – sin necesidad de movernos – el

mundo nos alcanza, llegó hasta nosotros, entró en nuestra cotidianidad.

### **Hablando de región**

La simple mención del concepto *región* es suficiente para que el lector (o quien lo escuche) organice en su mente una serie de ideas, estructuras psíquicas y opiniones que – generalmente – buscarán su asidero en el mundo de los estudios geográficos.

Obviamente no puedo decir que esto es un error, pero si la intención es analizar el concepto de región desde el punto de vista de la cultura, de la realidad que va más allá de los límites establecidos por ríos, montañas y lagos o – peor aún – marcados arbitrariamente en algún momento por el hombre; si la idea es profundizar más allá de los puntos finales preestablecidos por las diferentes ciencias de la tierra e intentar llegar a una definición que abarque la idea de región de una manera más simbólica (si se me permite el término en este contexto), así como fue definida y analizada por Pozenato (2003), uno de los teóricos que más contribuyó con este tema, debemos – necesariamente – abordar la tarea desde otros presupuestos.

Entendemos que los textos del profesor Pozenato son fundantes y tienen una marcada impronta en las ideas sobre región (cultural), tal como se estudia en el Programa de Postgrado en Letras, Cultura e Regionalidade de la UCS; por eso, para organizar los próximos pensamientos creo que es necesario, inicialmente, volver a estudiar la definición de región propuesta por este docente para (a continuación) conseguir pensar este asunto.

### **(Re)leyendo a Pozenato**

Según este exprofesor del Programa de Postgrado en Letras, Cultura e Regionalidade (POZENATO, 2003, p. 157), “[...] A região será melhor entendida se vista como simplesmente um feixe de relações a partir do qual se estabelecem outras relações, tanto de proximidade como de distância”.

Profundizando esta idea inicial, agrega:

Como observa Pierre Bourdieu (1989), tanto o discurso regionalista (voltado para constituir a identidade de uma região) quanto o discurso científico (voltado para descrever relações regionais) são performativos, isto é, constroem a realidade que eles designam. (POZENATO, 2003, p. 152)

Con estas ideas como fundamento, podemos (re)sintetizar la definición diciendo

que una región se estructura con el haz de relaciones a partir del cual se establecen otras relaciones, tanto de proximidad como de distancia. Las que nos igualan y las que nos diferencian.

Lo primero que llama la atención es el hecho que la cuestión espacial apenas es mencionada por el teórico; solo es señalada para observar que las relaciones que establecen otras relaciones – o como preferimos particularmente decir: relaciones que influyen decisiones culturales – no están condicionadas por el factor distancia, ni por el espacio; apenas señala que esas relaciones (de influencias culturales) marcarán los límites o por proximidad o por distancia de la siguiente región (también cultural).

Aquellos elementos culturales (valga la repetición) que son comunes o que influyen para aproximar (por semejanza) convergen dentro de los límites de la región. Aquellos que son diferentes o que influyen para distanciar (por oposición) marcan el límite y abren el espacio de la frontera inter-regional.

Entendiendo que estamos hablando de una región cultural, entonces los criterios que debemos utilizar para definirla, siguiendo en este primer momento a Pozenato, son culturales, no espaciales. Estos últimos, territoriales, geográficos, deberían quedar en un segundo plano. Además, como para remarcar su importancia, la región cultural justamente se diferencia de la geográfica en la significación que le da al aspecto territorial. Mientras que para la última es un elemento básico, para la primera – apenas, de alguna manera – enmarca las relaciones establecidas, sin modificarlas esencialmente.

En el mismo artículo (POZENATO, 2003, p. 150), leemos:

Em suma, a região, sem deixar de ser em algum grau um espaço natural, com fronteiras naturais, é antes de tudo um espaço construído por uma decisão, seja política, seja da ordem das representações, entre as quais as de diferentes ciências.

Quizás sea el fragmento en el que más importancia le da al aspecto espacial – llamémoslo geográfico – en este texto; pero en estas mismas líneas señala que la región, más allá de estos elementos físicos-espaciales, se construye en una decisión política o simbólica (de representación). La tesis se confirma: por más que el espacio existe y tiene algún grado de importancia “de hecho”, lo que constituye una región es la suma de otros factores, todos ellos más simbólicos, que subordinan al elemento *geográfico*.

Y el autor continúa hablando de las posibles regiones que se organizan – con otras bases, que no sean las geográficas ni las espaciales – y explicita: “Como nem

sempre esses critérios coincidem, é possível falar de região histórica, região cultural, região econômica e assim por diante, com fronteiras distintas no mesmo território físico” (POZENATO, 2003, p. 150).

Nuevamente lo físico-espacial subordinado a otros elementos; en este caso quedando tan relegado, que ni siquiera serviría como frontera natural, puesto que varias regiones (culturales) podrían – según la cita – convivir en ese mismo (hipotético) territorio.

Completa las ideas sobre este tópico hablando de las diferentes materias que estudian (ya estudiaban en aquellos años) el concepto de región, y dice: “Em todas essas disciplinas, com exceção, é claro, da geografia, o espaço físico passa para um segundo plano, para privilegiar variáveis e relações de tipo humano ou social, cada uma dentro da sua perspectiva de observação”. (POZENATO, 2003, p. 150).

Cierro el presente fragmento de este artículo volviendo sobre el punto central del mismo. Para hablar de una región cultural desde la óptica propuesta por Pozenato, podemos aceptar que el lenguaje es simbólico y, por consecuencia, *performativo*; pero la definición que estamos analizando deja muy claramente expuesto que los aspectos simbólicos son mucho más importantes que los geográficos y espaciales

### **El síndrome de la polenta**

Sin embargo, es fácil comprender que en los años 70, momento de las primeras publicaciones del profesor que estamos comentando en este momento inicial del artículo, el concepto espacial tuviera una significación profunda y relevante. Las relaciones – también las culturales – se desarrollaban en espacios muy limitados, muy específicos, muy acotados. Naturalmente, en un mundo con una rutina tan circunscripta a realidades tan palpables y concretas, pensar en relaciones que influyan decisiones (las que marcan el concepto de región de Pozenato) era pensar en situaciones – casi – entorno a una mesa. Es lo que llamaremos, “el síndrome de la polenta”.

Con todo el respeto que este noble alimento nos merece, lo usamos aquí para hablar de una época en la que las relaciones difícilmente podían huir de un espacio que las enmarcaba en su nacimiento, las profundizaba en su historia, las hacía evolucionar en el tiempo y las marcaba como elementos (casi) propios. En ese contexto, era poco menos que imposible pensar en una región cultural sin un claro y contundente espacio

que la delimitara; incluso, que le diera sentido; tanto que se podía hablar de un espacio y su cultura. ¿Esta afirmación es válida en los días de hoy?

En aquel contexto histórico los intelectuales, los campesinos, las familias, la gente de la academia, todos necesitaban (casi imperiosamente) compartir un espacio real y concreto para poder participar del tipo de relaciones que demarcan las regiones culturales. No se podía suponer una influencia (para llegar a la definición de región) que no fuese (casi indefectiblemente) “de cuerpo presente”.

Es verdad que cartas y viajes, diarios, revistas, radio y televisión ya existían y tenían el poder de producir relaciones de influencia, pero el ritmo de la información, el tipo de contacto propuesto era diferente. Comparada a la situación actual, es salir de la época del carro tirado por bueyes para ir a la del jet supersónico.

Aquel tiempo (el de la polenta) desapareció. La evolución tecnológica, específicamente la posibilidad y la capacidad de comunicación directa sin limitarse en el espacio, a través de la Internet, por ejemplo, rompió con la lógica del “síndrome de la polenta”. En los días de hoy, el espacio quedó absolutamente subordinado, relegado, apenas es el punto de apoyo de los pies de una cabeza que puede estar (incluso simultáneamente) en varios “espacios” diferentes.

### **El nuevo mundo**

Si en los primeros años de la segunda mitad del siglo XX la comunicación, las influencias, el intercambio de ideas se realizaba a la velocidad de las correspondencias escritas en papel, hoy el universo cibernético nos ofrece la posibilidad de comunicarnos, ser influenciados e influir, intercambiar ideas que nos unirán o nos alejarán de una determinada región cultural a la velocidad de la inmediatez. Frente a esta indiscutible realidad, es natural que el concepto, la idea de región cultural, tome dimensiones diferentes.

Esta realidad (una comunicación que – casi – no conoce límites) nos permite conformar regiones culturales con personas a las que nunca hemos visto, ubicadas en espacios en los que nunca hemos estado, pero con quienes compartimos todos aquellos elementos culturales que nos aproximan como integrantes de esa determinada red de relaciones, que nos alejan de los integrantes de otra determinada comunidad (cibernética o no) y que, de esa manera, siguiendo la definición inicial de Pozenato, conforman una

región.

Paralelamente, en este mundo donde las fronteras se superan con la velocidad de un mensaje en una red social, los espacios que marcarían y delimitarían las regiones tradicionales quedan desdibujados. Desde esa perspectiva, ¿cómo se podría afirmar que la región se tiene que desarrollar en un espacio específico y delimitado?, ¿cómo se establecerían fronteras en un mundo que – cada vez más – las hace desaparecer?, ¿cómo hablar de espacios en un mundo en el que el individuo es el hacedor de su propio territorio (en este caso, como sinónimo de espacio) vital, cultural y de relaciones?

La presencia física en un determinado lugar no marca – necesariamente – ni pertenencia ni no pertenencia al mismo. Estar en un espacio no exige formar parte de una región específica, así como no estar en un espacio (geográfico) no nos prohíbe estar integrados a una región cultural. Hoy, los elementos que aglutinan, que sirven como base para estructurar una región cultural, que acercan a los individuos (o que los alejan) en sus relaciones surgen y se desarrollan sin necesidad de que estos mismos individuos, ni siquiera se conozcan.

En este intento de (re)pensar la importancia del espacio para la conformación de una región cultural propongo un par de ejemplos.

Los gauchos (de mate y bombacha) que salen – por diferentes motivos – de Río Grande do Sul y se mudan a otros puntos del gigantesco Brasil o del exterior, dejan el espacio de las tradiciones pero no las abandonan a estas; la multiplicación de CTGs en la geografía planetaria es un ejemplo claro de lo que intento demostrar; no por el espacio físico (geográfico) en sí, sino por el valor simbólico que aquel galpón (que hasta puede mudar de dirección postal y territorialidad tantas veces como sea necesario) ofrece, desde el punto de vista cultural, a los individuos que integran aquella red de relaciones. El espacio original llega a valorarse como un espacio mítico, pero no tanto por sus características geográficas – espaciales – territoriales, sino por su valor cultural.

Otro ejemplo. Las familias árabes que viven en París y que mantienen – con sus pros y sus contras – todos sus rasgos culturales y religiosos, todos los elementos – externos y simbólicos – que las señalan como pertenecientes a aquella cultura, no están limitadas por el espacio geográfico (la ciudad capital de Francia) ni por los elementos culturales (el mundo occidental y capitalista) que las rodean. Se mantienen – en un espacio “adverso” – fieles a sus principios culturales, lejos del espacio que las

condicionaría a vivir y convivir de una determinada manera. Nuevamente veo al espacio geográfico subordinado a valores y relaciones culturales que son mucho más fuertes que el hipotético condicionamiento que aquel tendría sobre el individuo. Quizás los disturbios callejeros, urbanos y violentos del 2005 en París sean la cara más atroz de esa realidad que marca que el individuo no está sometido al espacio a la hora de estructurar sus redes de relaciones, que más allá de la geografía, hay elementos culturales – mucho más profundos – que los marcan, que los acercan y que los alejan. Los dos jóvenes muertos por la policía en aquella ocasión no murieron – apenas – por estar en París, sino por ser culturalmente diferentes a la mayoría.

Alguien podría decir que si no estuvieran en aquel espacio (París), no hubieran muerto. Es posible. Si ellos se hubieran a-culturado (roto su red de relaciones primigenias), seguramente tampoco.

Sin llegar a tal extrema violencia, en otras situaciones – más rutineras y socialmente aceptadas – también se puede notar cómo se desvanece el espacio y se robustecen las relaciones que marcan a los individuos; por ejemplo, en el ámbito de la literatura o a la hora de elegir un libro para leer.

### **Hablando (un poco) de literatura**

En los idos años 70, el uruguayo Ángel Rama hablaba de la “comarca del Plata”, colocándole límites geográficos (más o menos definidos) a una región internacional, ya que ocupaba territorios políticamente dominados por Argentina, por Uruguay y por el estado de Río Grande do Sul. Si bien es cierto que él señala estos espacios geográficos como límites de la “comarca”, no hace hincapié en los aspectos territoriales (por más que los señala) sino en los elementos culturales que unen a los habitantes de aquel espacio.

Flavio Aguiar y Sandra Guardini Vasconcelos son los organizadores del libro *Ángel Rama: Literatura y cultura en América Latina* (2001), en el que reúnen diversos textos del crítico. En la presentación del mismo, estos autores afirman:

[...] para el crítico [Rama], la división de las literaturas latinoamericanas según cada nación es puramente artificial, siguiendo normas geopolíticas importadas o divisiones territoriales pautadas por el interés de las elites conservadoras. Negando esa división, Rama crea el concepto de comarca, área en la que hay homogeneidad de elementos naturales, étnicos y culturales que convergen en formas similares de creación artística. Son ejemplos de comarca el Caribe, el área pampeana, que engloba partes de Argentina, de Uruguay y de Brasil, y el área que corresponde al

antiguo Tahuantinsuyo de los Incas, superando las fronteras de Perú y de Bolivia (2001, p. 13).

Es fácil notar que lo que nos iguala como gauchos nos diferencia del resto de América. No hay duda que el fenómeno gaucho hay que pensarlo como una forma de ser, que va mucho más allá de esa suma de elementos como el mate, la guitarra, el caballo, el folclore, la vestimenta, las espuelas, y que nos coloca muy cerca unos de los otros, pero nos aleja del resto del continente, subordinando – para esta organización de región – a los elementos geográficos (tales como la Cordillera de los Andes o la Amazonia) por más importantes que sean o hayan sido. Esa situación de cercanía (en algunos casos, casi igualdad) se observará, también, en los rasgos culturales que compartimos. Música, vestimenta, historia, costumbres son elementos que nos marcan de manera aglutinante aunque – obviamente – no nos hayamos visto nunca.

Por otro lado, en los días de hoy, un blog, una página de *Facebook*, un grupo de *WhatsApp*, con gente con la que – en muchos casos – el individuo nunca tuvo ningún contacto real, tienen una influencia mucho más marcada para la elección del próximo libro que se leerá que los comentarios académicos, ortodoxos y espacialmente concretos de un profesor de Literatura en su sala de aula. La cercanía en edad, gustos, lenguaje; la no obligatoriedad sumada al comentario natural y corriente de “a mí me gustó”, escrito o dicho por un (des)conocido (real o virtual); el libro repetido en las manos de sus iguales o en los comentarios de los integrantes de sus redes (en la Internet y en su mundo cultural), son elementos que tienen más fuerza que cualquier geografía compartida. El alumno que disfruta leer buscará informaciones con otros (no importa la distancia que los separe física ni espacialmente) iguales a él.

Jesús Martín-Barbero lo explica con la idea de la mediación sociocultural, en sus categorías de institucionalidad, sociabilidad y ritualidad. Para ese autor radicado en Colombia, la sociabilidad es “generada en la trama de las relaciones cotidianas que tejen los hombres al juntarse” (2003, p. 17).

Semejante abordaje lo encuentro en el antropólogo Clifford Geertz al referirse al concepto de cultura. Para él, “el hombre es un animal amarrado a telas de significados que él mismo tejió, asumo la cultura como siendo esas telas y su análisis; por lo tanto, no como una ciencia experimental en busca de leyes, sino como una ciencia interpretativa, en busca del significado” (2008, p. 4).

En esta línea de ejemplos pensados para discutir la importancia del espacio en la definición de una región cultural, puedo agregar la idea del lenguaje, marca cultural de una región por excelencia. Como extranjero, con casi veinte años de convivencia en el espacio geográfico de Caxias do Sul, continúo siendo reconocido como hispano, castellano y platino con solo saludar rápidamente al vendedor de cualquier tienda. La entonación de mi habla demuestra – claramente – un origen cultural que no se desdibuja, por más que las fronteras geográficas estén dibujadas (valga el juego de palabras) en los mapas a más de 500 kilómetros.

### **¿Símbolos o espacio?**

Frente a esta realidad que describo, creo que se hace necesario (casi imprescindible, en pleno siglo XXI) reorganizar algunos conceptos para pensar – teóricamente – la región cultural; no dejando de lado el valor (natural y lógico) del espacio para la organización de la misma, pero sí, ubicándolo en la dimensión que le entendemos más apropiada en este contexto histórico.

El mismo Pozenato lo dirá:

Uma discussão interessante nessa direção é a de saber se o que faz a região é o espaço ou, ao invés dele, o tempo, a história. Para Paul Bois (1960) não há dúvida: é a história. Se a região se apresenta como um espaço, ela é um espaço definido por uma história diferente da do espaço vizinho e externo. Essa ênfase na história como fator constituinte da região remete para a importância maior dos fatores sociais em confronto com os fatores de ordem física ou da *paisagem* (2003, p. 152).

Nuevamente se puede observar, creo que claramente, la importancia que tienen los elementos simbólicos para la estructuración de una región; mucho más que los aspectos –específicamente – geográficos o espaciales.

Alguien podrá decir que a partir del momento en el que uno está en un espacio, involuntariamente o no, ya estará inserido en una red de relaciones marcada por aquel. Es el caso, por ejemplo, de aquellos que, habiendo llegado del norte del país, trabajan en el sur de Brasil, este país de dimensiones continentales y de tantas culturas en convivencia. Puede ser que los migrantes no tengan un sentimiento de pertenencia, pero toman mate y aprenden a decir “che”, al tiempo que los del sur aprenden a preparar y a comer tapioca. ¿Ese intercambio cultural acontecería si los dos grupos vivieran en el mismo territorio?, ¿no es imprescindible compartir el espacio?

Naturalmente que el planteo es válido, lo mismo que aquel que dice que incluso

quien escribe en un blog o en una página de Internet lo hace desde un determinado espacio; el punto está en que en el mundo actual no necesito compartir una geografía para entrar en relaciones con gente de otros lugares. Dicho de otra manera, puedo aprender a preparar tapioca por Internet, sin la necesidad de compartir el espacio físico con quien me brinda la información. Por otro lado, si bien es cierto que compartir el territorio es un facilitador para la creación de esa red de relaciones que marcan a una región cultural, nuevamente lo que – realmente – vale no es la cercanía geográfica sino el contacto humano. De nada valdría que un contingente humano llegara desde otro país si no consigue interactuar – aunque sea mínimamente – con la gente del nuevo espacio. Las familias de origen incaico que llegan a Buenos Aires o a San Pablo y son esclavizadas en los talleres clandestinos (o no tanto) de costura son un terrible ejemplo de lo que estamos refiriendo.

Esta cercanía conceptual, sin necesidad de ser geográfica; cultural, sin necesidad de ser espacial; nos debe llevar a volver a dimensionar la importancia de los elementos que conforman una región cultural. Justamente este concepto de minimizar la trascendencia que tiene el aspecto geográfico-espacial en la nueva realidad de relaciones que vivimos, nos lleva a hablar – para diferenciarla de la región (tradicionalmente) cultural – en una región humana.

Intentando explicar la idea que sirve como base para este concepto en este contexto específico, propongo la siguiente línea de razonamiento.

Tradicionalmente las tribus urbanas, los *punks* como ejemplo, fueron grupos fácilmente identificados por sus características particulares: vestimenta, música, peinados, entre otras. Si colocamos a ese grupo humano en los moldes propuestos para la definición de región, podríamos decir que ellos tejen relaciones simbólicas, se igualan entre ellos, se diferencian del resto, tienen particularidades culturales compartidas (regionalidades) y ejercen influencias internas – de aproximación – y externas – de alejamiento –; o sea que – sin forzar la definición básica de Pozenato – podríamos hablar de una región cultural (urbana y bastante cerrada, por cierto).

El detalle que queremos señalar es que en una reunión de *punks* de distintos lugares del mundo, aunque pueda haber diferencias (y entre los integrantes de ese grupo serán evidentes), habrá muchos elementos culturales que los unan y que los igualen. No comparten – necesaria ni diariamente – un espacio físico, pero los aspectos simbólicos

son tan fuertes que un observador externo podría afirmar que son un solo grupo, integrantes de una región cultural (desde mi concepción) y, como los aspectos territoriales pueden ser absolutamente desechados, integrantes de una región humana.

Otro ejemplo. Los alumnos de un curso de gastronomía dictado en el sur de un país latinoamericano discuten, en la locomoción que comparten para regresar a sus hogares, sobre las características de los vinos de Borgoña, tema de la última clase. El tópico de discusión, las informaciones que comparten, el vocabulario utilizado son elementos que los transforman en un grupo marcado por las influencias – internas y externas – que los identifican como integrantes de una región cultural. La escuela y la locomoción son los únicos espacios compartidos, por lo que si la discusión – naturalmente – comienza en esos espacios y continúa en ambientes virtuales (redes sociales, por ejemplo) se podría hablar de una región humana compartida por estos integrantes, que – en la línea de las hipótesis – podrían discutir los mismos asuntos con personas de otras latitudes que también estudian gastronomía, conformando una región cultural sin base en ningún aspecto físico o geográfico.

Un último ejemplo. En la misma locomoción, en lugar de haber alumnos de gastronomía que discuten sobre los vinos de Borgoña – tema de interés común, que los identifica como integrantes de una región cultural y humana – encontramos a alumnos de la enseñanza secundaria de diversos colegios, sin otro contacto interpersonal a no ser los minutos que comparten camino a sus respectivas casas, pero que durante ese recorrido discuten sobre los libros que están leyendo, libros que se pueden prestar, libros que les gustaron o no, tópicos que entendieron o no, y opiniones que leyeron en blogs o en las páginas oficiales de algunas librerías, por ejemplo. El punto está en que en esa red de relaciones los adolescentes descubren autores, comparten obras y deciden nuevas lecturas; en definitiva, ese grupo humano – con o sin contacto intencional posterior, sea real, sea virtual – compondrá una red de relaciones culturales, con influencias mutuas, que podríamos nominar como región humana. Una vez más, será la cercanía de edad, de gustos, de criterios más que la proximidad espacial la que definirá la relación establecida.

Lo que quiero señalar es que la región cultural o la humana no necesariamente tienen que ser exclusivamente virtuales, por más que este mundo forma parte de la cultura del siglo XXI; puedo utilizar esta denominación (región humana) para esos

grupos que – tan típicos en la actualidad – interactúan tanto en los espacios concretos como en los virtuales, tanto con gente conocida como con personas que nunca vieron, pero que – sin lugar a dudas – consiguen influenciar y ser influenciados desde el punto de vista cultural.

### **El tiempo McDonald's**

La gran diferencia que veo en esta concepción está en (valga, una vez más, el juego de palabras) el espacio que ocupa el ser humano del siglo XXI en la formación de las redes que organizarán sus regiones culturales. Yo soy mi espacio. Un celular, una *tablet*, una computadora en cualquier rincón del globo (y sin que importe realmente cuál es ese rincón) me coloca en relación con gente que está en cualquier otro punto del planeta, en muchos casos no por el punto que ocupan, sino por la gente que es.

Lo humano ha trascendido completamente, se ha dimensionado de otra manera, frente a lo espacial. El siglo XXI se está solidificando como el tiempo de la comunicación planetaria (casi) sin límites. Frente a una realidad así, se hace necesario entender que salimos del “síndrome de la polenta” para vivir en el “tiempo McDonald's”, donde cualquier espacio, cualquier punto del globo se ofrece como opción válida para interactuar con (casi) cualquier ser humano; para entender que yo soy mi propio espacio, que yo lo creo, lo estructuro, lo abro y lo cierro a mi gusto; busco organizar mis redes de relaciones – aquellas que conforman (o llegarán a conformar) mis regiones culturales – con personas que de algún modo marcan, sin importar dónde estén; sin tomar como base un elemento espacial para esas definiciones.

Aprovecho este momento para observar – fundamentalmente en el universo adolescente – esa capacidad para estar (de cuerpo presente) en un espacio físico determinado (quizás el almuerzo de domingo con la familia), pero interactuar (generalmente por las redes sociales) con amigos y conocidos (algunos, apenas virtuales) que se encuentran en cualquier otro punto del planeta. Definidamente, el comentario del amigo en la red social tendrá (repetidamente) más importancia y más injerencia en la próxima decisión cultural del adolescente que lo que diga un “tío viejo” de cuerpo presente.

El espacio dejó de ser referencia concreta para transformarse, como dice Michel de Certeau (1994), en un lugar practicado, vivido, en el que individuos lo potencian a

través de su uso.

Otro ejemplo que puedo presentar en esta línea de razonamiento para entender que el espacio tuvo un proceso que lo relativiza como elemento marcador para la formación y conformación de las regiones culturales es la idea de la antigua propaganda “boca a boca”, que tan útil fue (y es) para el crecimiento (o la disminución) de la consideración pública de un bien cultural, un libro por ejemplo.

Si durante buena parte del siglo XX la recomendación de la lectura de un libro “boca a boca” exigía que quien recomendaba y quien recibía la recomendación estuvieran – casi obligatoriamente – compartiendo el mismo espacio geográfico, en estos años del siglo XXI el mismo consejo se sube a la Internet y el “boca a boca” se multiplica en distancias imposibles de suponer hace un par de décadas atrás. Hoy, quien ejerce influencia sobre mí puede estar a miles de kilómetros de distancia; quien me ayuda a elegir mi próxima lectura puede ser un amigo (virtual o real) que podría no reconocer en un aeropuerto.

### **De ahora en más**

El mismo Pozenato, en el final del artículo que utilicé al inicio de estas páginas, decía:

Assim, a própria tecnologia das comunicações nos obriga a pensar a região de acordo com novos parâmetros. Ela deixa de parecer um espaço isolado entre fronteiras e dependente de um centro, para se tornar apenas um complexo de relações inserido numa rede sem fronteiras (2003, p. 157).

Este comentario nos coloca – nuevamente – frente a los blogs, a las páginas de *Facebook* y a otras redes sociales que – en nuestros días – se multiplican en la Internet. Un comentario colocado por cualquier usuario, en cualquier punto del planeta, es leído, considerado, analizado y – muchas veces – aceptado como válido por otro usuario cualquiera en otro punto cualquiera del globo. Como mencionamos, las cercanías de edad, gustos y perfiles; las historias de otras lecturas sugeridas y realizadas son base para decisiones de nuevas lecturas. Nuevamente observamos que estos aspectos (como gustos, franja de edad, tiempo compartido) son más importantes para la formación de estas nuevas regiones culturales que el espacio físico compartido entre los (posibles) integrantes de la misma.

Siguiendo a algunos críticos actuales – por ejemplo, Jenkins (2008) – se puede compartir la idea que esto no es una transformación apenas tecnológica, en la que varios

aparatos se transformarían en un único producto, sino que es una transformación cultural, caracterizada por consumidores individuales en sus interacciones sociales con otros actores sociales, recuperando – en esta última idea – el concepto central de la definición de región cultural que Pozenato presenta y que he tomado como elemento inicial para estas consideraciones: relaciones que nos acercan a unos y nos alejan de otros; conformando las diferentes regiones culturales (quizás, humanas) que se pueden observar.

Puedo utilizar las ideas de Paul Claval cuando, hablando de Geografía humana desde el punto de vista de la cultura, la entiende y define como comprendida por individuos que comparten los mismos códigos, facilitando las relaciones de camaradería, las alianzas, las maneras de alimentarse, de vestirse, sus ritmos. Para él, cada individuo está relacionado con los otros a través de una compleja red de relaciones.

En esa misma línea de razonamiento explica:

Os geógrafos dos anos sessenta atribuíram tudo ao espaço. Hoje em dia, eles falam comumente de território. Essa mudança reflete, em parte, nos debates epistemológicos internos à geografia. Ela é, sobretudo, testemunha de uma profunda transformação do mundo e de uma mutação correlata das maneiras de compreendê-lo. Concorre para isso, o declínio das ideologias dominantes da economia, tão populares durante os “Trinta Gloriosos”, e a atenção mais perspicaz dada à maneira pela qual os homens vivem o seu meio e a fragilização das identidades, desencadeada pelo declínio das filosofias da história que serviam para interpretar o mundo. A partir de agora é aos lugares e àquilo que os diferenciam que muitos se referem para dizer o que eles são e em que se distinguem uns dos outros. (CLAVAL, 2013, p. 122)

Como se lee, hay una transformación radical en los conceptos – incluso en el ámbito específico de la Geografía – que muestra una nueva manera de comprender el mundo. Por la caída de antiguas ideologías dominantes y las identidades que se han fragilizado, el autor afirma que se ha modificado la manera de interpretar la realidad.

O como señala en otro estudio:

A veces, las transformaciones provocadas por el aprovechamiento de las tierras se inscriben exactamente en los límites de estas regiones naturales: es lo que caracteriza a las regiones geográficas, en el sentido que se le da a este término en Francia durante la primera mitad del siglo XX. En otros casos, los paisajes modelados por las actividades humanas no se corresponden con las fronteras de origen natural. Definen regiones agrícolas o regiones industriales. Una vez creadas, estas divisiones se comportan, en ocasiones, de manera estable: se habla de regiones históricas. Cuando, finalmente, es la atracción de un centro urbano la que le da la unidad a un conjunto, por otra parte, diverso, estamos ante una región polarizada. (CLAVAL, 2002, p. 25)

En este fragmento me llaman la atención dos frases, que me parecen importantes para entender el nuevo lugar (valga el juego de palabras) que el espacio ocupa.

La primera: “paisajes modelados por las actividades humanas [que] no se corresponden con las fronteras de origen natural”. Entiendo que los aspectos tradicionalmente geográficos quedan subordinados a las “actividades humanas” que consiguen romper, superándolas, las fronteras naturales.

El segundo concepto: “Estas divisiones se comportan, en ocasiones, de manera estable: se habla de regiones históricas”. Vuelvo a notar una fuerte tendencia a subordinar los aspectos espaciales, para realzar los aspectos humanos, culturales (en este caso, históricos), simbólicos que parecen tener mayor importancia para la formación de una región cultural.

El autor, en el siguiente párrafo, agrega:

Los medios humanizados ofrecen, en ocasiones, caracteres parecidos en puntos muy alejados, y entre los cuales no hay relaciones directas. Vidal de la Blache distinguía, de este modo, en el mundo mediterráneo, algunas familias de medios humanizados: las grandes llanuras pantanosas e insalubres, las costas rocosas y recortadas dedicadas a la pesca y el comercio, las zonas de colinas donde la trilogía mediterránea del trigo, el olivo y la viña aseguraban cierto desahogo, etc. (CLAVAL, 2002, p. 25).

En este momento de su texto aparece una idea que me parece sustancial: “Los medios humanizados ofrecen, en ocasiones, caracteres parecidos en puntos muy alejados”. Sin que ni siquiera el autor roce la idea de las relaciones cibernéticas, creo que queda muy claro que el espacio compartido no es esencial para la formación de una región. Los “medios humanizados”, dirá Claval, ofrecen ese elemento de unión, de cohesión, de diferenciación del otro (que incluso puede ser más cercano geográficamente hablando que el “parecido”), característico de las regiones culturales como las estoy presentando en estas líneas.

Cerrando este razonamiento, Paul Claval dirá, en forma contundente y, desde mi punto de vista, terminante:

El espacio estudiado por la “nueva geografía” no está formado, únicamente, por elementos físicos o naturales. Está poblado por personas que establecen lazos entre sí. Estas relaciones, cuando duran, dan lugar a redes. Estas son, en primer lugar, realidades sociales, puesto que unen a negociadores unidos por sus asuntos, profesionales que necesitan consultarse periódicamente, o parejas de vendedores y compradores, prestadores de servicios y clientes. Estas redes también son realidades materiales, puesto que los desplazamientos de personas e intercambios de bienes se llevan a cabo gracias a las vías de comunicación; las informaciones, noticias y órdenes circulan por redes de telecomunicación (CLAVAL, 2002, p. 28).

Por esto, una comunidad del siglo XXI está construida sobre las afinidades de intereses, de conocimientos, sobre proyectos mutuos, en un proceso de cooperación o de intercambios, todo eso independientemente de las proximidades geográficas y de las filiaciones institucionales. (LEVY, 1999, p. 127)

En la realidad que nos plantea el siglo XXI y sus relaciones a-espaciales, hay lugar para compartir creencias, ideas, valores de una forma a-temporal por diversos estratos sociales (DORNELLES, 2008) y esa nueva forma de sociabilidad que rompe barreras geográficas y temporales crea lo que el sociólogo Antony Giddens denominará “red”. Para ese investigador “todas las conexiones directas o indirectas que conectan a una persona o grupo con otras personas o grupos son consideradas por los sociólogos como ‘redes’” (2012, p. 578). Redes que contengan personas que usted conoce directamente o no, de diferentes clases sociales y etnias, de puntos geográficos distantes o cercanos, etc.

Para el mismo autor:

Los grupos sociales son una fuente importante para adquirir redes, sin embargo, ni todas las redes son grupos sociales. Muchas redes no comparten expectativas y sentido común de identidad que son la marca de los grupos sociales. Por ejemplo, no es probable que usted comparta un sentido de identidad con los participantes de una lista virtual (una cadena), y probablemente no conocerá a los vecinos de la mayoría de sus colegas de oficina, aunque ellos puedan formar parte de su red social. (2012, p. 578).

Son estos intereses comunes para compartir el saber, el aprendizaje cooperativo, los que colaboran para que esas comunidades (¿necesariamente virtuales?) encuentren un ideal de relación humana *desterritorializada*, transversal y libre.

Nuevamente la idea de un mundo en el que las fronteras se han desdibujado, dando lugar a espacios no convencionales. Espacios que han desaparecido como límites.

Como observa el pensador francés Pierre Bourdieu, la región en los días actuales es más representación de relaciones que espacios geográficos determinados.

Com efeito, aqueles que vissem este projeto de tomar para objecto os instrumentos de construção do objecto, de fazer a história social das categorias de pensamento do mundo social, uma espécie de desvio perverso da intenção científica, poder-se-ia objectuar que a certeza em nome da qual eles privilegiam o conhecimento da realidade em relação ao conhecimento dos instrumentos nunca é, indubitavelmente, tão pouco fundamentada como no caso de uma realidade que, sendo em primeiro lugar, representação, depende tão profundamente do conhecimento e do reconhecimento (BOURDIEU, 2001, p. 108).

Siendo así, al hablar de región vuelvo a fijar la vista en un concepto mucho más simbólico que real, mucho más teórico que concreto. El ideario romántico del espacio propio, tan reproducido en las novelas naturalistas, único y determinante de seres y vidas, es pasado y superado.

¿El espacio no existe? Obviamente realizar esta afirmación sería una temeridad y demostraría una inconsistencia absurda. Lo que afirmo, con base en los textos mencionados y en las lecturas realizadas y, algunas, comentadas en estas páginas, es que no es posible – desde nuestra óptica – afirmar que el espacio es un elemento fundante de las actuales regiones culturales que ni la literatura ni la realidad nos ofrecen para estudiar.

Los límites geográficos se han desdibujado de tal manera, que hoy el mundo (en sus influencias y en sus relaciones) se ha achicado al tamaño de un teléfono móvil.

## **Bibliografía**

ALMEIDA, Maria Geralda de et al. (Org.) *É geografia, é Paul Claval*. Goiania: FUNAPE, 2013.

BOURDIEU, Pierre. A leitura: uma prática cultural: debate entre Pierre Bourdieu e Roger Chartier. In: CHARTIER, Roger. *Práticas da leitura*. 2. ed. rev. São Paulo: Estação Liberdade, 2001.

CERTEAU, Michel de. *A invenção do cotidiano*. San Pablo: Vozes, 1994

CLAVAL, Paul. *A geografia cultural*. 2. ed. Florianópolis: Ed. da UFSC, 2001.

\_\_\_\_\_. El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. *Boletín de la AGE*, n. 34, p. 21-39, 2002.

DORNELLES, Jonatas. *Vida na rede: uma análise antropológica da virtualidade*. 2008. 293 f. Tese (Antropologia Social), Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2008. Disponible en: <https://www.lume.ufrgs.br/bitstream/handle/10183/.../000627358.pdf>? Acceso el: 10 de junio de 2015.

GEERTZ, Clifford. *A interpretação das culturas*. Rio de Janeiro: LTC, 2008.

GIDDENS, Antony. *Sociologia*. 6. ed. Porto Alegre: Penso, 2012.

ORTIZ, Renato. *Mundialização e cultura*. 2. ed. São Paulo: Editora Brasiliense S.A.,

1996.

POZENATO, José Clemente. *Processos culturais: reflexões sobre a dinâmica cultural*.  
Caxias do Sul: Educs, 2003.